

EL RESCATE DE LOS VALORES HUMANOS EN LA FORMACIÓN DE UN MÚSICO

María Luisa Meneses Q.

Introducción

El siguiente artículo está basado en apreciaciones realizadas a través de un valioso y creativo curso de didáctica universitaria, el que lejos de convertirse en mera formalidad de contenidos para cumplir con un requisito común de servicio al docente, se transformó en un sinnúmero de estímulos para nuestra reflexión, motivándonos a la renovación y a continuar creciendo en el intrincado mundo del arte de la pedagogía. Dicha magia, que sólo un buen y experimentado pedagogo es capaz de incentivar, logró transportarnos por senderos de insospechada introspección para mejorar nuestra propia creación y vislumbrar una segura y positiva proyección de nuestros frutos. Este artículo se centrará en la aplicación que logré estructurar de las enseñanzas del curso citado, constantemente enriquecidas por la influencia del psicólogo Jerome Bruner y por la experiencia directa de la psicopedagoga Sonia Abarca, al campo de la formación artística, específicamente al de la formación de músicos intérpretes, y tiene como objetivo el instar al maestro a replantearse sin temores las restricciones que conforman la tradicional formación de un músico y a darse la oportunidad de liberar la esencia de principios adquiridos que se hayan convertido en rígidos mitos pedagógicos, dando paso a la renovación creativa, con la objetividad y soltura que va dando la madurez y la experiencia en la aplicación de la enseñanza.

En el quehacer de la formación artística y musical es común encontrar la creencia de poseer la transmisión de la mejor técnica.

Ciertamente coexisten en el Arte mejores y "peores" formas de expresarse que se convierten en erróneos absolutos, olvidando que la expresión artística está además, y sobre todo, determinada por factores que van más allá de la asimilación de fórmulas técnicas, como lo es por ejemplo, la individual interiorización que a nivel afectivo, estético e intelectual produce diversas interpretaciones de una misma obra. La enseñanza de un Arte absoluto es siembra estéril. En dicha labor hay que rescatar primero al ser humano y hacer vibrar sus anhelos antes de hacerlo vibrar una cuerda. De lo contrario, iremos aniquilando la esencia creativa del futuro artista. De esto se ha olvidado mucho la educación de la música, creando competencias mundiales donde se debaten sin piedad grandes masas de técnicos musicales sin alma artística.

A través de este artículo, cada alumno presentará un reto de superación para el maestro y una semilla de esperanza para el Arte.

La toma de conciencia del docente

A lo largo de una carrera docente, las inevitables etapas evolutivas que remueven y transforman los contenidos y sus aplicaciones en la enseñanza, así como las implicaciones que ello conlleva para el crecimiento intelectual e integral tanto del maestro como del discípulo, exigen un alto en la conciencia del educador a intervalos cada vez más regulares, cuyo fin nos conduzca a la reflexión y revaloración de los sistemas educativos vigentes, en

aras de una continua renovación y mayor eficiencia en el compromiso pedagógico.

Cuando se labora en la formación de artistas, y en el caso particular, de músicos intérpretes, tanto el sistema institucional educativo, como las reglas de técnicas específicas establecidas, tienden por su propio peso y paso del tiempo, a endurecer y hasta momificar los conceptos de una enseñanza que en principio, y sobre todo tratándose de artistas, debe trascender a planos de realización más amplios y flexibles como lo sería en el mejor de los casos una educación menos masificada y más directa. Así lo demanda la interrelación que se establece entre dos potenciales artísticos, diferenciados por la consolidación de un talento y por los años de formación y experiencia. Nada aparentemente extraordinario a simple vista, pero de una complejidad de interacción que requiere de una entrega por parte del maestro a abrirse constantemente a nuevas perspectivas de autoevaluación y de superación.

Quién más que un artista, ya sea su campo el de la creación o la recreación de una obra, podrá verse necesitado de trascender a planos del aprendizaje que requieren de caminos ilimitados en el plano de la creatividad, la humanización y sobre todo lo anteriormente dicho, el recaste de los valores intrínsecos en todo individuo, como lo son su capacidad creadora y transformadora no sólo de su propia persona, sino también de su entorno social, y por qué no, universal.

A partir de lo anterior nació mi inquietud por asumir la formación del músico desde una perspectiva más acorde con su realidad y capacidad humanas, para alejarlo de los mitos y rigidez prevalecientes en su enseñanza, que tantas veces coartan los elementos más importantes en el desarrollo artístico, como lo son la sensibilidad y la espontaneidad creativa.

Bombardeo informativo: ¿para bien o para mal?

El exceso de información que tenemos actualmente, y la rapidez con que suelen tomarse los acuerdos de cambio constituyen un posible peligro que atenta contra la necesidad de espacio para la reflexión profunda y la calidad de discernimiento. La absorción y dosificación del

material informativo se vuelve cada vez más difícil de procesar en corto tiempo, por lo que la superficialidad y confusión pueden convertir con facilidad en víctimas del bloqueo pedagógico a quienes no han adquirido el sano hábito de reevaluar la solidez de sus conocimientos.

La lucha contra el estancamiento

Cuando la educación pierde el rumbo de la autenticidad y la fe en los objetivos en un principio emprendidos, pero sobre todo, cuando ésta pierde el impulso generador de la creatividad, nos enfrentamos con la realidad de la momificación de las ideas. Es entonces, cuando el educador debe cobrar conciencia del "mareo envolvente de su tiempo", y luchar por autorrescatarse en sus propios y más elevados principios, y lejos de temer al acelerado bombardeo de los cambios, aprovechar lo que además permite de positivo esta época de apertura: la combinación de la reafirmación de conceptos pedagógicos establecidos y debidamente actualizados, con la enriquecedora posibilidad de crear nuevos rumbos que a su vez estimulen la constancia de la transformación en su enseñanza.

Dicho estímulo creativo dentro de nuestro contexto educativo y artístico debe tener como objetivo el contagio de fuerzas renovadoras que remuevan las iniciativas de los estudiantes a cambiar una actitud pasiva por una actitud activa, donde el principal protagonista de la responsabilidad creadora sea entonces su propia persona, al fomentar con la educación el enfrentamiento del individuo con sus propios valores como lo es su capacidad para transformarse a sí mismo, a su entorno y a su sociedad. Esto último escapa con facilidad durante la formación de un músico que vive más tiempo obligado al encierro de largas horas de estudio individual buscando el perfeccionamiento y dominio de su instrumento, lo cual es inevitable dado que la carrera musical es de las que menos perdonan el paso del tiempo en edades propicias para sentar la habilidad técnica. Sin embargo, sabemos que de esto se ha abusado hasta la deformación de personalidades y con consecuencias nefastas para el desarrollo de la psiquis; basta con detenerse a

pensar en la comparación que popularmente se hace de los músicos con los "locos". Y es que en este campo del estudio individual obligatorio, el exceso puede conducir a la formación obsesiva de adictos del trabajo repetitivo sin recompensa. La autora Eloise Ristad (1989) se refiere a esta deformación en los años de aprendizaje: "Estoy pensando, en particular, en la adicción que tenemos los músicos a practicar la supuesta virtud del estudio repetitivo. Sin embargo, el estudiar así, ¿nos garantiza una buena ejecución? De lo que sí podemos estar seguros es de la acumulación de tensión sobre tensión." Y más adelante ella agrega: "Pero en la mente y en el cuerpo hay un punto de saturación. Llega un momento en que nos zambullimos de otra forma en el teatro de lo absurdo" (1989: 50, 51). Una formación musical sin dosificación del trabajo individual resulta nociva y muchas veces estéril, pero sin una proyección equilibrada como individuo musical sociable es un atentado a los valores del ser humano.

Detrás del músico hay un ser

El gran avance psicológico ha logrado derribar el hermetismo retrógrado de una educación represiva, rígida, paternalista e impositiva, finalmente traumatizante y de débiles resultados intelectuales, para dar paso a una educación dinámica en la que la relevancia de los valores del individuo en vías de formación hagan florecer su propio respeto a la capacidad y derecho a convertirse en sujeto central, generador y creador de su propia realidad como persona y como estudiante, así como futuro individuo responsable de nuevos estímulos y cambios sociales. Como ejemplo de error en nuestro campo de formación musical tenemos la frecuente constatación de músicos de extraordinario talento y de renombrada carrera artística que de pronto sufren las secuelas de la rigidez que predominó en sus principales años de formación, y que posteriormente los llevó a un enfrentamiento de una realidad de sí mismos que nunca antes descubrieron, llevándolos a sufrir una crisis de identidad que muchas veces llegó a truncar la continuación de una brillante carrera artística. Prueba de ello es la cantidad de niños prodigio entregados a

manos de instituciones de gran renombre y larga trayectoria en formar perfectos autómatas de la ejecución musical, donde olvidaron por completo el derecho de aquel individuo a descubrir y a forjar su propia voluntad basada en la conciencia de todos los valores que constituyen su integridad personal, fomentando con ello un futuro palpable no de artistas libres pero sí de neuróticos existenciales.

El compromiso que enfrenta el actual educador, y en especial aquel que labora en la formación artística, por estar este campo tan ligado a la sublimación emotiva y a niveles de sensibilidad espiritual de gran abstracción y complejidad, debe ser motivo suficiente para dar prioridad a búsquedas profundas del equilibrio que involucra a dos partes humanas (profesor-alumno) en una interrelación de valores tanto intelectuales como afectivos y en la cual la capacidad objetiva del educador juega un papel determinante. Dicha objetividad es la que permite al docente manejar con claro discernimiento y adecuada dosificación los contenidos de una enseñanza basada en la retroalimentación y en la constante lucha porque el alumno se asuma a sí mismo dentro de sus responsabilidades como un ser no solo dotado de virtudes musicales sino también como un ser dotado con sello propio de sentimientos e interpretaciones.

El rumbo pedagógico en la formación de un músico

Tomando en cuenta todo lo anteriormente expuesto como punto de partida para un compromiso de reevaluación, tendremos que ubicar al estudiante de música dentro de un contexto poco común en relación a lo que de ordinario vive un estudiante fuera del Arte, todo esto sin menospreciar las condiciones especiales y el aprendizaje de otros campos aún cercanos por su similitud en entrega y disciplina, entre los que podríamos citar la formación profesional de un atleta.

El artista, y en este caso de interés, el músico, demuestra normalmente su inclinación artística a temprana edad, y así como lo demuestran investigaciones psicológicas, el niño con predisposición artística presenta por lo general un patrón básico de comportamiento

y de inclinaciones que le caracterizan y lo diferencian, entre las cuales podemos citar una fuerte dosis de hipersensibilidad a manifestaciones de índole estética. Así, el niño con inclinación y gusto por la música, demostrará su interés por el orden sonoro que le entorne. Debemos discernir sin embargo, que dicha inclinación se manifiesta de manera general y no, o poco, específicamente dirigida a un elemento musical determinado como suele suceder en la preferencia de un instrumento musical. Esta elección la realiza el niño a través de previo estímulo de diferenciación tímbrica; y aún así, dicha preferencia, por lo general, obedece al empleo de un elemento como medio de expresión más que a una adhesión definitiva a un instrumento determinado. Como importante inicio tenemos un impulso como fuente de energía, que según la calidad de estímulos recibidos determinará parcialmente la respuesta que aquel individuo tenga hacia su formación musical superior. En virtud de lo cual, es esta respuesta la que nos interesa profundizar, y para tal tarea nuestra responsabilidad como maestros no puede desdeñar todo aquel cúmulo de experiencias previas al aprendizaje superior de un estudiante con supuesto talento musical.

El estudiante que recibe por primera vez una lección, llega al salón de clase no solo con la expectativa de obtener determinada educación, sino y sobre todo, de formar parte de una dinámica grupal que le permita manifestar su necesidad de expresión y su capacidad de adaptación, para la cual aporta no sólo sus intenciones sociales sino también su propia individualidad formada por el cúmulo de estímulos y experiencias que le ha dado hasta ese momento su propia vida. Cabe destacar que en el caso particular de un estudiante con buenas cualidades artísticas el entusiasmo por poner de manifiesto sus dotes fomenta un contagio entre sus compañeros que estimula las posibilidades de creatividad en la dinámica de clase, si esto es bien aprovechado y bien orientado por el maestro.

La respuesta del educador no podrá limitarse entonces a una función de transmisor pasivo de fórmulas académicas asumiendo erróneamente el hecho de que el discípulo que tiene al frente se le presenta simplemente con un cúmulo de condiciones ideales para la música

según previas pruebas de aptitud, las cuales, no dejan de carecer de relativa superficialidad en relación a lo que verdaderamente representa el descubrimiento de un idóneo talento artístico. Dicho talento puede revelarse y empezar a manifestarse en sus mejores condiciones para el aprendizaje, después de haber logrado aportar en ese constante descubrimiento bien dirigido por su maestro, lo que representa globalmente el estudiante como individuo no exento de experiencias previas ni de constantes estímulos de toda índole. Basado en esto, el maestro deberá tomar muy en consideración la profundización de datos que caracterizan la personalidad del estudiante como pauta de discernimiento para la aplicación de sus contenidos y objetivos pedagógicos que terminarán por moldear y determinar la futura proyección profesional de aquel músico en vías de formación.

Mientras tanto, el maestro tendrá como armas de partida toda su capacidad subjetiva y objetiva para desarrollar con la mejor de sus intenciones profesionales la formación deseada; sólo que, esto no es suficiente para el mejor de los retos de formar un buen artista. No basta con ser un buen profesor de reconocido nivel académico y de recorrida experiencia, si a la vez no se fomenta el valor de un constante autoanálisis que involucre también la necesidad de un conocimiento y crecimiento integral de su propia persona. El rescate de su propia individualidad en el maestro es tan importante como el rescate de aquella individualidad que queremos formar. Sin esta búsqueda y sin este encuentro no puede haber creatividad sino, más que intentos intelectuales de ésta, pues la verdadera creatividad es producto de la liberación interior, y si en nuestras manos está la formación artística, por lo que su proyección implica, el reto del buen maestro es más que grande.

¡Y manos a la obra!

Contamos entonces con un aspirante a músico con relativas condiciones y aptitudes musicales, pero sobre todo con un entusiasta que espera hacer realidad la manifestación de lo que su mente ha creado previamente como concepto expresivo de la música. Este factor

cuando el maestro puede recurrir a la riqueza de contenido que ofrecen otros medios de expresión artística para ampliar el horizonte de las imágenes mentales de una idea musical bloqueada o simplemente descolorida en expresión. Cuanto mejor integrado esté el alumno al mundo completo de las Artes, más plena será su interpretación musical, más presente su capacidad creativa y más enriquecida su sensibilidad expresiva. De ahí nuestra atención para llevarlos por un rumbo de apreciaciones más vasto que el que comúnmente puede ofrecer la Escuela de Música. Tantas expresiones que empleamos frecuentemente en clase para ilustrar la interpretación de una obra musical como lo es por ejemplo: el color y densidad de una frase, o el carácter dinámico de una danza o de determinado movimiento; cuántas veces nos sorprendemos "actuando", con gran dominio del espacio, para representar el contenido de un extracto musical, y asumiendo internamente papeles para hacer llegar al auditor el mensaje afectivo de una obra. Hablamos de texturas y maravillas estéticas, de interpretaciones "pesantes" al estilo arquitectónico alemán, de suites compuestas por danzas "ligeras" francesas, de sonidos medievales, etc. En fin, todo un lenguaje de creación universal que no nos puede encerrar en cuatro paredes practicando solamente el instrumento. El ideal nos lleva lejos, y nuestra mente vislumbra el día en que las escuelas de música asuman la responsabilidad de una integración artística donde el estudiante cuente con la inmediatez de poder recorrer los pasillos entre bailarines que improvisan al ritmo de los instrumentistas, y de éstos, imitando el colorido movimiento de un pincel. Por lo pronto, nuestra responsabilidad se centrará en una educación dentro del recinto, que asuma el estímulo de planos artísticos lo más amplios posibles. Compromiso de búsqueda compartido que debe regir el entusiasmo entre el profesor y el alumno por querer llegar lejos con su proyección artística, recordando además, que nuestro lenguaje es de proyección universal y que abarca todo el contenido de la historia humana y las manifestaciones de su sensibilidad a través del Arte.

Pero volvamos al individuo en sí y al entusiasmo que lo motivó a buscar la música como medio de expresión.

El estímulo de la proyección artística

La lección de música debe ser asumida y respetada por el maestro como un momento casi sagrado y único, para el cual, la aplicación de contenidos debe estar previamente seleccionada y debidamente dosificada para la óptima asimilación de un programa. En este sentido habrá que considerar la capacidad individual de absorción, el ritmo individual de trabajo, y el ritmo individual de asimilación del estudiante. La música en cuanto a formación expresiva e interpretativa se refiere, requiere de una selección bien equilibrada entre el tiempo de aplicación y el tiempo de proyección. El alumno musical no puede ser solo un receptor pasivo de la información suministrada, pues debe inmediatamente pasar a demostrar su capacidad proyectiva dentro y fuera del recinto de clase; de ahí la importancia de aprovechar sagradamente el limitado tiempo que suele tener una lección de música, pero sobre todo, el dosificar con precisión el material que pueda ser llevado inmediatamente a la práctica. Si pensamos en el reducido tiempo con que contamos para convertir a un estudiante de música en un buen artista con un par de horas semanales dentro de un cubículo de clase, comprenderemos entonces que por más especializada que sea la aplicación de contenidos, el resultado sería simplemente imposible si no fuera por el estímulo de investigación y de experiencia que lleve a cabo el estudiante a través de su proyección externa al recinto de clase.

Mito o disciplina

Al iniciarse la formación de un artista, antes de determinar incluso su talento, las metas de constancia y disciplina que requiere su entrega diaria a la música deben ser expuestas por el maestro con suma claridad basando sus requerimientos en objetivos también muy claros de lo que espera como resultado de esa respuesta ordenada del alumno. Si de antemano las metas son claras y basadas en un entusiasmo comprometido por ambas partes para alcanzar el éxito con la debida disciplina, el estudiante sentirá involucrada su responsabilidad por dar lo mejor

de sí mismo. Hago incapié en este tema al parecer trillado, el cual sin embargo es de suma delicadeza en lo que a formación de un músico intérprete se refiere, dado el sinfín de mitos creados alrededor de lo que representa tener talento musical. Expresiones muchas veces lanzadas a la ligera y muchas veces por ignorancia como: "un músico no se hace, un músico se nace", o "es un genio, no necesita más que estímulo", u otros ejemplos como "no necesita aprender más" o "está bien que estudie música pero que también realice una carrera", no hacen más que entorpecer las intenciones de ardua disciplina que caracteriza a una verdadera carrera musical, proviniendo la mayor parte de las veces desgraciadamente de una fuente emocional fundamental en la que basa su apoyo y estímulo el estudiante: sus propios padres. Desafortunadamente en nuestro medio cultural es muy común encontrarse con mitos, prejuicios, y conceptos deformados de esta índole, lo que conlleva muchas veces a un temprano fracaso de las aspiraciones de estudiantes talentosos.

Enfrentando al medio

Frecuentemente nos llegan al aula padres que contando con afortunados medios económicos instan a sus hijos en quienes han descubierto una especial inclinación por la música y por determinado instrumento, a seguir cursos que una vez encaminados sobre la meta que ofrecen los buenos resultados del estudiante, obligan a interrumpir porque los objetivos "se tornan más serios de lo que se esperaba", y puesto que en nuestro medio el tener recursos económicos no implica tener aspiraciones culturales ni nada que se refiera a carreras que estimulen el engrandecimiento humano y artístico, dichos padres carentes de formación crítica de la que adolece además con facilidad nuestra juventud, dan fácilmente al traste con excelentes talentos que enriquecerían nuestro patrimonio cultural, lo que convierte a muchos de ellos en seres humanos posteriormente frustrados. No obstante, dentro de este nivel socio-económico también es común encontrar al estudiante que sin desairar las aspiraciones de sus padres por seguir una "carrera rentable", realizan con duros esfuerzos

sus propios deseos llevando adelante la música como complemento a una carrera absolutamente divergente al Arte. Muchos de estos casos se enfrentan con la realidad de tener que rendir con óptimos resultados ante dos niveles de exigencia que tarde o temprano les obliga a escoger adonde encauzar con más facilidad su energía, y curiosamente, salvo muy pocas excepciones, la mayoría opta por la otra carrera, aún sin ser ésta la de su vocación. No son sino los casos de alumnos sumamente talentosos que logran salir adelante con dos carreras a la vez pero no por ello sin sacrificar el alto nivel de rendimiento que requiere su proyección artística profesional, lo cual al final de cuentas los lleva a guardar su título musical para satisfacer su eficiencia y mantener su relativo nivel musical como un aliciente emocional para sus vidas. Esta alternativa se convierte al menos en un positivo logro si se piensa en un medio tan pequeño como el nuestro donde con dicho sistema se puedan formar profesionales en otros campos que no sea el artístico, con la diferencia de que serán individuos más creativos, más equilibrados, de mayor riqueza cultural, y de mayor plenitud humana. Esto al fin y al cabo lleva al Arte a lograr, dentro de un sentido muy válido, su cometido. Finalmente, la prueba que rinde el artista ante un medio musical en vías de desarrollo será inevitablemente más difícil y de exigencias emocionales más conflictivas para su propia aceptación y la que su medio le pueda brindar. El entrar con plena convicción a una entrega vocacional en el Arte dentro de un ambiente que inicia una revolución cultural por sembrar las bases de una tradición artística, tiene su precio; y es una lucha que pone a prueba la proyección y tenacidad del maestro por inculcar en su discípulo la solidez de sus decisiones.

Aptitudes y prejuicios

Frecuentemente, se acercan al Arte individuos de talento musical que pese a condiciones innatas excepcionales no cuentan con un temperamento idóneo para encauzar sus aptitudes através de un trabajo disciplinado, y es aquí donde la experiencia nos demuestra que las mejores condiciones no son siempre el elemento principal sobre el cual se

pueda garantizar que aquel aspirante desarrolle una madurez, una conciencia y una voluntad aptas para el éxito. En este sentido muchas veces vemos que las condiciones musicales innatas están reñidas con el grado de inteligencia requerido para sentar buenas bases. Muchos de estos estudiantes arrastran además el tan arraigado prejuicio de que un buen músico es sinónimo de desenfreno emocional y de negligencia personal, por lo tanto eluden todo lo que atañe a un aspecto indispensable en el buen músico profesional como lo es precisamente el equilibrio e integridad de su persona. Ciertamente, el discípulo que aspira a realizarse dentro de una carrera musical, requiere de aptitudes que no toda persona tiene. Sin embargo, más que a la suma de las condiciones especiales, la clave del éxito se debe a la calidad de entrega y de fe en sí mismo que posea como estímulo a su vocación, y al ser éstas precisamente aptitudes que hay que desarrollar, no toda persona está dispuesta a afrontar el reto. En pocas palabras, el futuro músico debe aprender a asumirse a sí mismo desde la perspectiva de ser absolutamente dueño de su causa y efecto en lo que a su autodisciplina y voluntad se refiere, y es aquí donde las más idóneas e innatas condiciones no juegan más que un relativo porcentaje en la determinación del éxito.

Sembrando un sentido a través de la expresión artística

El profesor Victor E. Frankl en su libro *Ante el vacío existencial* (1990: 33), hace referencia al sentido universalmente presente en todo individuo: "No existe ninguna situación en la que la vida deje ya de ofrecernos una posibilidad de sentido, y no existe tampoco ninguna persona para la que la vida no tenga dispuesta una tarea".

El asumir juntos, el maestro y el discípulo, una meta que comprometa desde el principio la conciencia de sus voluntades, se estará fomentando una significativa opción por un "sí" ante el sentido de la vida sobre el cual depositar la simiente de una plenitud humana. Dicha actitud es de considerable importancia si está integrada al maestro con plena convicción de sus aspiraciones y deberes, puesto

que ya sea que el futuro músico llegue a la culminación de sus realizaciones o no, el haber optado por un camino de sólida esperanza le habrá de por sí preparado para asumir con la debida actitud cualquier tipo de tarea para la que sea apto.

La realización de un individuo a través de la creación o la recreación artística como en el caso del músico intérprete, fundamenta su sentido en la recreación estética de todo su ser ante su concepción material y espiritual de su existencia y todo cuanto le rodea, razón por la cual el maestro que moldea a un artista tiene el compromiso de aspirar a sus más altos niveles de realización personal y artística con el fin de formar ante todo a un individuo de voluntad libre y creativa.

Y por último, la Ética como parte del desarrollo integral del docente, debe motivar al maestro hacia el respeto por el individuo que vive en cada estudiante, con características propias y dueño de su libertad de pensamiento, la cual, en parte conformada por previa educación y en parte en vías de un continuo desarrollo, da al maestro la relativa potestad de determinar, para bien o para mal, la repercusión de dicha libertad sobre la proyección de su obra, en beneficio o perjuicio de su compromiso personal y social. Es a través del respeto al derecho de esa independencia implícita en cada individuo, la que más tarde dará sus frutos, sobre la cual el maestro sentará sus bases de mutuo enriquecimiento, estimulando positivamente, guiando, aconsejando y nunca imponiéndose más que para defender el respeto de sus propios principios. Todo lo cual, permitirá promover en el individuo que forma, sus mejores cualidades, con el sello propio que lo rescata como un ser único, libre, y capaz de continuar forjando su propio crecimiento y su propia creatividad una vez egresado del centro de enseñanza.

Solamente mediante una guía respetuosa, conciente y objetiva de los valores propios del individuo, la enseñanza trasciende para lograr su objetivo principal: la integración del egresado a la sociedad como individuo capaz de discernir y proyectar lo asimilado con abiertos deseos de compartir, crear y transformar. Y en ese ir y venir del ejemplo que como artista da el que enseña su Arte, la dedicación que logra frutos, y otras tantas retrocede su

quehacer para volver a empezar, convierten a la educación en un verdadero sentido de interacción viva y muy humana que hace crecer a ambas partes comprometidas.

Bibliografía

- Abarca Mora Sonia. 1990. *Psicología de la educación*. Costa Rica: CIPED.
- Abarca Mora Sonia. 1992. *Psicología del niño en edad escolar*. Costa Rica: UNED.
- Frankl, Viktor E. 1990. *Ante el vacío existencial. Hacia una humanización de la psicoterapia*. Barcelona: Herder.
- Hemsey de Gainza, Violeta. 1982. *Ocho estudios de psicoterapia musical*. Buenos Aires: Paidós
- Horowitz, Joseph. 1984. *Biografía e Historia sobre Claudio Arrau*. Buenos Aires: Editorial Javier Vergara.
- Ristad, Eloise. 1989. *La música en la mente*. Chile: Cuatro Vientos.
- Willems, Edgar. 1984. *Las bases psicológicas de la educación musical*. Buenos Aires: EUDEBA.